

LA PLEGARIA ES PODER.

Rezar, aún cuando sea por unos instantes, mejora nuestra vida y la hace más fructuosa y dinámica.

La oración no es tan sólo acto con el cual rendimos culto a Dios. Es, asimismo, irradiación de la naturaleza religiosa del hombre; la más potente forma de energía de cuantas alcanzamos a desarrollar. Su influencia en nuestro ser espiritual y material es tan demostrable como las de las glándulas secretorias. Sus efectos pueden evaluarse, ya por el mayor grado de bienestar físico, de vigor intelectual y de fibra moral que proporciona; ya por el conocimiento más íntimo a que nos conduce de aquellas realidades cardinales que son fundamento de las relaciones entre racionales.

Quien forma el hábito de la oración sincera, experimenta luego un cambio profundo y notorio en su vida. La oración imprime una huella indeleble en nuestros actos y nuestro porte. Un aire apacible, un semblante sereno, un continente reposado, son manifestaciones exteriores de la paz que infunde la oración en aquellos cuya vida enriquece. Enciende ella, en lo interior del alma, una luz iluminadora. El hombre se ve a sí mismo; advierte sus egoísmos, su vanidad, sus celos, su codicia, sus yerros. Adquiere un sentido de responsabilidad moral, Se hace intelectualmente humilde. Emrende de esta manera la jornada que lleva a las almas hacia la gracia.

La plegaria es fuerza que actúa en el ser humano tan real y efectivamente como la gravedad en la tierra. Durante mi carrera de médico, me ha tocado ver hombres que, después de haber fallado en ellos la terapéutica, vencían la enfermedad y dominaban la melancolía merced al sereno esfuerzo de la oración. Es ésta la única fuerza del mundo que parece sobreponerse a las llamadas “leyes naturales”. En los casos en que se manifiesta de modo súbito y dramático, la gente exclama: “¡milagro!” Hay, empero, otro milagro, escondido, silencioso, constante: el que ocurre día a día, hora a hora, en el corazón de los que hallaron en la plegaria manantial perenne de fortaleza.

Muchos son los que ven solamente en el acto de orar la repetición rutinaria de unas mismas palabras. Según otros, la oración es refugio de ánimos apocados, o súplica pueril, enderezada a implorar bienes materiales. Pensar de esta suerte es desestimar la oración; equivale a proceder como lo haría quien, al definir la lluvia, dijese que es agua que baja de las nubes para llenar los charcos donde se bañan los pajarillos. Propiamente considerado, el acto de orar es actividad perfecta e indispensable al completo desenvolvimiento de nuestra personalidad. Orar es llegar a la integración más elevada de las facultades superiores del ser humano. Sólo mediante la oración consumamos esa armoniosa correspondencia entre el cuerpo, el alma y el pensamiento de la cual deviene nuestra flaca naturaleza inmovible fortaleza.

“Pedid y se os dará”, es afirmación cuya verdad ha comprobado la experiencia humana. Ciertamente, podrá suceder que las preces no reanimen el cuerpecito inanimado del niño, que no alivie el padecimiento del enfermo. Esto no obstante, la oración lleva, siempre en sí, manantial de luminosa, inmanente energía.

¿En qué forma se nos comunica, al orar, fuerza tan poderosa y tan dinámica? Para responder a esta pregunta, cuyo contenido cae, por descontado, fuera de los dominios de la ciencia, debe empezarse por poner de manifiesto que toda oración revela siempre un mismo e idéntico motivo. En el hosanna triunfal de majestuoso oratorio, de igual manera que en la súplica del salvaje que pide a sus divinidades buena suerte en la cacería, hallamos manifiesta una verdad: el hombre trata de acrecentar sus limitadas fuerzas implorando a la Fuente Infinita de toda energía. Al orar nos unimos a la Fuerza Inextinguible que alienta en el universo y que lo rige; le pedimos que nos conceda una partícula de su poderío que sea proporcionada a nuestra necesidad. El solo acto de suplicar así, conforta nuestra debilidad; nos hace sentirnos aliviados y fortalecidos.

Mas, no acudamos nunca a Dios en busca de la satisfacción de un antojo. La oración que más fortalece no es aquella con la cual pedimos mercedes, sino la que implora de Dios la gracia de la unión con Él. Hemos de ver en la oración el ejercicio que nos hace sentir en nosotros la presencia de Dios.

Sucedió una vez en cierto pueblo que, ya a punto de cerrar la iglesia, hallasen en el último banco a un anciano campesino que estaba allí solo, como sin darse cuenta de nada. ¿Qué esperas?, le preguntaron. “Estoy viendo a Dios, y Él me está viendo a mí”, fue su respuesta.

El hombre, cuando reza, no lo hace únicamente para pedirle a Dios que se acuerde de él: reza porque siente que la criatura humana debe acordarse de su Creador.

¿Cómo definir la oración? Es ella esfuerzo del mortal por elevarse hacia Dios; es anhelo de comunicación con ese Ser invisible, creador de todas las cosas, en el cual residen en grado sumo y perfecto el poder, la sabiduría, la verdad, el bien, la belleza, que es Padre y Redentor de todos los hombres. Ese Ser, objeto y término de la plegaria, permanece siempre inaccesible a la inteligencia humana; que tanto ella como la palabra intentarían en vano conocer a Dios o explicarlo.

Sabemos, con todo, que siempre que nos acerquemos a Él en alas de súplica ferviente, experimentaremos, así en lo físico como en lo moral, favorable mudanza. Nunca podrá ocurrir que quien rece, siquiera sea por unos instantes, deje de sacar algún fruto de ello.

Y podemos orar dondequiera: al andar por la calle o al ir en el ómnibus, tren o avión, en el taller, en la oficina, en la escuela; en medio de la multitud o en la soledad de nuestro aposento o en la iglesia. Todo lugar se presta a la oración. Sólo se necesita la intención de querer estar en contacto con Dios.

Piensa en Dios más a menudo de lo que respiras. Para que moldee nuestra personalidad, la oración ha de ser habitual. Rezar al levantarnos y conducirnos luego durante el resto del día como paganos, carece de sentido. Plegaria ha de ser también la vida misma; y lo es, cuando es ordenada.

Las mejores plegarias se asemejan a las no estudiadas palabras de los amantes privilegiados: dicen siempre sustancialmente lo mismo, y nunca son enteramente iguales.

No a todos nos será dado orar con la creativa facilidad de expresión de una Santa Teresa o de un San Bernardo, almas elegidas que volcaban su fervor en palabras de misteriosa belleza. Afortunadamente, tampoco nos es indispensable poseer su elocuencia; Dios reconoce y acoge nuestro más leve movimiento de piedad. Aún cuando seamos torpes al expresarnos, aunque nuestros labios se hallen aún manchados, ni una sola sílaba de nuestras preces dejará de serle aceptada a Aquel que, al oírlas, derramará en nosotros los dones de su misericordia.

Hoy, como nunca, debe ser la oración vínculo entre hombres y naciones. El no haberle concedido al sentimiento religioso la importancia debida, ha puesto al mundo al borde de la catástrofe. Hemos descuidado miserablemente el manantial más profundo y rico de cuantos pueden darnos perfección y energía. El alma humana, desconocida y olvidada, ha de afirmar de nuevo sus derechos, porque si la generalidad de las gentes vuelve a reconocer el poder de la oración y a emplearlo, si el espíritu proclama sus aspiraciones con claridad y entereza, aún habrá esperanza de que sea escuchada y atendida la oración que elevemos a lo Alto para implorar que haya en el mundo abundante mudanza.

*Colaboración de José López
Comunidad de Los Pasionistas, de la Víbora.
Tomado del Diario de la Marina, La Habana.*